

LEYENDO Y RELEYENDO EL ARTE ZAMBO

Gabriel Restrepo¹

Reseña del libro de Martha Luz Machado Caicedo. 2011. *La escultura sagrada Chocó en el contexto de la memoria de la estética de África y su diáspora: ritual y arte*. Bogotá: Universidad Nacional, ganador del premio en ciencias sociales de la Fundación Alejandro Ángel Escobar del año 2011. Martha LuzMachado Caicedo trabaja en el National Institute for the Study of Dutch slavery and its Legacy/NiNsee (marthaluzmachado@hotmail.com). Si hay interés por el libro, puede escribirse a Veronica Bermudez (aveironica@gmail.com).

Indagar a través de la etimología de las palabras es un modo de honrar la investigación extraordinaria de Martha Luz Machado Caycedo. Porque la etimología es una pista tan preciosa como los vestigios a los que me refiero abajo y a los que se dirige la indagación de la autora. Etimología y arqueología se asemejan en esa labor tan interminable de pelar capa a capa la corteza de la cebolla para alcanzar su núcleo duro.

Empleo a propósito la palabra leer y releer un arte sagrado zambo concentrado en las tallas de madera de los jaibanás, que constituye el objeto de análisis de Martha Luz, porque la etimología más probable de religión, como lo ha señalado Emile Benveniste en su *Vocabulario de las Instituciones Indoeuropeas* (Madrid, Taurus, 1983) es la de *relegere*: leer y releer, y no, como se cree de modo corriente, *religare*, volver a unir o religar. Y esta tarea primaria de la religión, el leer y releer la tradición, como la que se realiza en la Tora o en modo figurado por Melquíades en el Macondo de la novela *Cien años de soledad*, es la labor suprema de la investigación en ciencias sociales en una nación cuya tradición es tan cierta como fantasmal y por ello esquiva.

¹Investigador y docente en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. E-mail: garestre@gmail.com

Y apelo al atributo de zambo para el arte sagrado que condensa en Chocó una doble tradición, para enunciar una cierta hipótesis: que en lo “torcido”, pues tal es la etimología de zambo, *strambus*, es donde, por gracia de la horizontalidad no jerárquica de las relaciones interétnicas, se puede con propiedad hablar de sincretismo. Con ello quiero decir que el concepto que, según Werner Jaegger en *Cristianismo primitivo y paideia griega*, designa una “mezcla perfecta” no se puede aplicar sin más a la totalidad de los procesos de síntesis cultural en nuestra nación. Por una sencilla razón: las mezclas, como el mestizaje, no han sido “perfectas”, en el sentido que les confiere Werner Jaegger. Para ser perfectas, los ingredientes deben figurar como equivalentes y fundirse en una nueva configuración. Para poner un ejemplo de la desigualdad de lo que se ha llamado sincretismo, Changó no puede aparecer como tal al lado de Santa Bárbara, sino que ha de camuflarse soterrado bajo esa figura que sí puede pasar. Del mismo modo que no hay mestizaje equivalente, porque no hubo panmixia, mezcla de todos con todos, sino que la mezcla étnica obedecía a una lógica de género, etnicidad, estratificación y hasta imaginarios teológicos de blanqueamiento y purificación, así en las síntesis culturales hay rangos dominantes y rasgos subordinados, como también ocurre por ejemplo en el creole, con estratos lingüísticos de superficie y estratos prestados subordinados.

Y no obstante, ante el prodigioso libro de Martha Luz cabe pensar que en la relación zamba, por ser horizontal, la creación de síntesis opera por diálogos e intercambios más igualitarios, que muy bien podrían ser definidos bajo la lógica del intercambio de dones que el pensamiento antiutilitarista europeo y latinoamericano, con Alain Caillé en Francia y Paulo Henrique Martins en Brasil (remito a sus ensayos en *Estudos de Sociologia, Revista do programa de pos-graduacao em sociologia da UFPE*, volumen 16, número 2, julio a dezembro 2011), ha venido develando como constituyente del mundo de la vida de las comunidades de base y como dimensión ética reguladora del mundo de los sistemas. En el caso de las creaciones estético-religiosas del Chocó, bien se puede hablar con propiedad de sincretismo.

Investigar proviene de las voces latinas *in vestigium*, seguir los vestigios, los rastros, las huellas, por lo cual cabe imaginar que su primera aplicación fuera la de seguir el rastro de animales o personas por la tierra, así como de un modo inolvidable quedó registrado en uno de los libros

fundamentales de la ciencia social latinoamericana, *Facundo. Civilización o barbarie*, de Faustino Sarmiento, cuando trazó las imágenes del rastreador y del baqueano.

Del mismo modo, *chercher* o *rechercher*, en francés, aluden en su etimología, como lo recordara Michel Serres en *Elogio de la Filosofía en Lengua Francesa*, a esa búsqueda en círculos concéntricos del espécimen alejado de la manada.

Estas dos acepciones me sirven de oriente para avanzar en el comentario del formidable libro de Martha Luz Machado Caicedo: *La escultura sagrada Chocó en el contexto de la memoria de la estética de África y su diáspora: ritual y arte*. En él se prueba la validez de lo que ahora considero un meta-método de las ciencias sociales, un método de métodos, o sea, según la etimología, los caminos hacia una meta, que para nosotros es develar la complejidad que constituye a la nación colombiana, a saber, humillar el pensamiento.

No se me entienda mal. Humillar el pensamiento es, atendiendo de nuevo a la etimología de la palabra humildad, situar el pensamiento a ras de *humus*, es decir de esos humedales o rizomas a los que se refirió Deleuze, que constituyen lo que ahora llamo nacederos de la nación: los ricos e infinitos mundos de la vida colombianos. Recordemos, además, que de la palabra *humus* proviene la noción de hombre, que mejor sería descrita como *humus erectus, sapiens-demens*.

Esta operación conviene de modo extraordinario a las ciencias sociales porque nuestro intercambio con ellas está más endeudado o hipotecado con el pensamiento del llamado Occidente. Un pensamiento debe ser pertinente, que proviene de *pertinens*, pertenecer, arraigar, ser radical por ir a la raíz de los asuntos, y relevante, y a la vez debe ser relevante, de *re levare*, levantar y levantar. Y no puede haber un pensamiento relevante que no sea pertinente, que no cale en la raíz y en el *humus* de los nacederos de nación y de mundo.

Esta doble condición es la que exhibe el ejemplar libro de Martha Luz. Y hay una razón adicional para que su potencia se expanda mucho más: el apelar a una noción que ahora considero cardinal como metáfora de la colombianeidad desde tiempos inmemoriales, la del tejer. En este caso, se trata del diálogo de la antropología con el conjunto de las ciencias sociales, pero con mayor razón del fecundo intercambio de las ciencias sociales con las artes y aún con las letras. Menos vicarios

que las ciencias sociales, las artes y las letras son más profundas en los actos de vislumbrar y auscultar la nacionalidad en su génesis, como ya lo probara ese músico de iglesia presbiteriana que fuera Orlando Fals Borda al ejercer una escucha profunda de aquellos que, con voz, han carecido de audiencia. Esa ha sido la razón por la cual en el XXVIII Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Recife, entre septiembre 6 y 11 de 2011, se creó un nuevo Grupo de Trabajo, titulado: “Otra globalización: nuevos saberes y prácticas científicas, literarias y artísticas”. Y es la razón por la cual elaboro una teoría dramática de la sociedad.

Es a su propio modo el camino que sigue Martha Luz, sólo que desde la perspectiva de esas dos formas de arte que son, la escultura, el arte que se ejerce *per vía de levare*, la vía del quitar, y la pintura, que lo hace *per vía del porre*, del poner. Escultura y pintura se aúnan con la etnografía y con nociones de arqueología y psicoanálisis cultural para investigar, para seguir los rastros de la diáspora africana, de esa *metoikesis* impuesta por los caminos de la subordinación global de los pueblos.

Todos quienes hemos visto más de dos veces la serie *Raíces* donde a través de doce o más generaciones se narra el éxodo de los(as) afroanorteamericanos(as) para culminar con la memoria de los orígenes, hemos querido encontrar en nuestro suelo claves, mapas, herramientas para descifrar la varia procedencia de los afrocolombianos del continente matriz. Pero pese a nuestro interés, nuestra mirada es o ciega o tuerta o cuando más bizca, porque si ensayamos por ejemplo a intuir en la fisonomía de los rostros de los afrocolombianos o afrocolombianas los moldes africanos, el vínculo entre ellos termina en el misterio. Nos faltan más que el interés, las brújulas y los instrumentos.

En su libro, Martha Luz emprende este retorno a la tierra, para emplear el concepto de Orlando Fals Borda, por la vía áurea del arte: a medio camino entre la sensibilidad y el entendimiento, con una razón enriquecida, la estética nos descifra más que las ciencias sociales desamparadas de esta guía infalible, el mundo de la cultura y su nexa con el mundo de los sistemas, con el mundo de la vida y aún con el *humus* o mundo de la naturaleza que los soporta a todos.

Al realizar esta ejemplar arqueología estética con su travesía del Atlántico por el hemisferio sur, Martha Luz procede con el cuidado de quien sabe de nuestras mixturas, aquellas que en el

pacífico de Suramérica fundaron ya en el siglo XVI en la región de Esmeraldas el primer reino zambo del mundo, un modo de entramar en horizontalidad la diferencia abismal de tradiciones de indios y afros. Es como si junto a la complejidad de los manglares en los cuales la vida se sitúa entre lo salado y lo dulce, lo terrestre y lo aéreo, lo solar y lo lunar, en los bosques húmedos del litoral desechado y menospreciado por el mundo blanco, se realizara una alquimia de la supervivencia por medio de esa lengua franca que es el arte, con su poder de encarnar, literalmente, las significaciones más profundas del ser y en el cual por supuesto se anudan, como en los quipus, la memoria y el destino. Una memoria que, con el prodigio de la anamnesis producida por el amor al saber y el saber del amor de Martha, revela para el asombro las cartografías de nuestro origen africano.

En la residencia de los afrocolombianos en el territorio de Colombia se cifran dos dimensiones que estimo de extraordinario valor universal: la primera es la resiliencia, palabra que en la ingeniería designa a ciertos metales que son capaces de recuperar su forma luego de ser sometidos a muy intensa presión. La segunda es la disidencia (*di sedere*, cambiar de lugar) creadora y recreadora, concepto que a mi modo de ver es más fecundo que el de resistencia (*re sistere*, ocupar el mismo lugar). La resistencia sigue la lógica de la mecánica y cinética clásicas: reacción proporcionada a la acción. Suele incurrir además en lo que René Girard en su libro *La violencia y lo Sagrado* denominó rivalidad mimética, por la cual los opuestos terminan semejándose. Y en tercer lugar, en una visión homeopática de la sociedad, está demasiado contaminada por el veneno del poder al cual se enfrenta. La disidencia altera la escena y el libreto, transforma el *topos* o el lugar de confrontación y el *tropos* o el *logos* o la retórica de la contienda. Es, por ejemplo, lo que se realiza con el arte como espacio de afirmación de lo propio. Y, en fin, la virtud más excelsa de la disidencia es la no violencia, una que supone una cura de sí para librarse del veneno del poder que asfixia.

Al escribir esta reseña, experimento una cierta nostalgia. Conozco a Martha Luz no hace mucho tiempo, no más de medio año. Pero sé de las raíces de esta investigación porque tuve la fortuna de dialogar por cerca de un año con Jaime Arocha y con otros y otras antropólogos(as), en un momento crucial para el país, vecino a la expedición de la Constitución de 1991 que introdujo los

principios de multiculturalidad y multietnicidad. Entonces Jaime ya apuntaba en sus trabajos hacia ese formidable libro *Los Ombligados de Ananse* (1999. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia), en el cual el autor teje a partir de esos tejidos de araña creadora propios de los forzados al exilio de África en el exilio de Colombia. Lo que aprendí del maestro y colega y amigo Jaime Arocha es del tenor de la amable deuda contraída por Martha Luz con el pionero, junto a la recordada Nina Friedmann, de los estudios afrocolombianos. En suma, un don de absoluta generosidad.

Estos dones intelectuales provienen de la misma matriz de los dones en general: el mundo de la naturaleza viva articulada con el mundo de la vida social: allí se ejerce el teatro de la resiliencia y la disidencia, a tiempo que se teje comunidad bajo la ceiba o en el manglar y se delibera como minga, cabildo abierto, democracia raizal como la quería Jean Jacques Rousseau. A la resiliencia y a la disidencia, cabría agregar una propiedad del mundo de la vida social afrodescendiente que yo designaría con el nombre de aceite y agüita de coco. Dicha fruta, además de sus múltiples usos, ofrece en la toma del agua todo un ritual de amistad, por beberse despacio y con paladeo. Pero el elemento del aceite de coco designa una propiedad, por supuesto no generalizada, pero sí conspicua que consiste en la capacidad de que los rencores y resentimientos resbalen, como se dice del teflón en la cocina al que no se adhiere ésta. Lo que se subraya es la potencia enorme del perdón y de la transformación del resentimiento en reconocimiento en la vida cotidiana. De paso, dígase para concluir, que el mundo de la vida con su universo de dones tiene en la tradición romántica, la estética y la poética, registros más antiguos que los que provienen, ejemplarmente tematizados, por Edmund Husserl, Schutz o incluso el mismo Marcel Mauss. De ahí la importancia de anudar, como lo hace Martha Luz, la antropología con las artes.

Recebido em: 06/10/2011. Aceito em: 13/10/2011.